

suyos, para averiguar cuál de ellos se había comido un melon que faltaba en un jardín cultivado por él mismo. Quejándose sus genizaros de que se afeminaba con el amor que tenía á una muger, la llamó, la puso delante de ellos, dejó que considerasen su hermosura, y luego, desenvainando el alfange, y asiéndola de los cabellos, la cortó la cabeza. Tal era Mahomet II, hombre atroz aun en sus mismas virtudes; sin embargo de lo cual le dieron los turcos el renombre de Boyuc, esto es, el grande: título que no debió negarle la religión musulmana, pero que no mereció segun los principios del cristianismo y de la razón, como no se quiera decir que fué grande en el orgullo, en la disolución, en el latrocinio, en todo género de atrocidades y de impiedad. Era enemigo furioso del nombre cristiano, y por desgracia tanto mas peligroso cuanto que subió al trono á los veinte años de edad.

Previendo el Papa los grandes daños que podía causar á la cristiandad y en particular al imperio de Constantinopla un enemigo tan formidable, escribió y envió legados á todas partes, á fin de escitar el valor de los príncipes y de los pueblos; pero el estado de los asuntos de Europa y el carácter de sus principales soberanos frustraron casi todas estas tentativas. En España estaban ocupados los príncipes en pelear contra los moros, y además la manía de hacer descubrimientos é invasiones lejanas, que comenzaba á agitarlos y que allá en las tierras mas remotas y en los confines del mundo les representaba países donde corrían ríos de oro y de plata, les distraía y no les dejaba pensar en ninguna otra empresa donde solo se prometiesen ganar gloria, irritaba la envidia y desconfianza recíprocas, tan antiguas entre ellos como su dominación, y los hacia incapaces de todo otro cuidado (a). Por otra parte se había

(a) Al leer estas líneas no puede desconocerse

introducido la discordia hasta en el seno de la familia Real de Navarra, donde Carlos, príncipe de Viana, y el rey Juan, su padre, tenían dividida la corte y las provincias en dos facciones encarnizadas y prontas á destruirse mutuamente (1).

La Francia y la Inglaterra continuaban sus hostilidades con el ardor natural á dos naciones, animadas, la una por sus triunfos actuales, y la otra por la memoria de su grandeza (2). Deseando el Padre comun de los príncipes y pueblos cristianos, establecer la paz entre unas gentes tan enconadas, envió legados de un mérito extraordinario á las dos cortes: á la de Francia, el cardenal Francisco de Estouteville, francés, hijo del copero mayor del rey, y á la de In-

que su autor es francés; las conquistas y triunfos de los aragoneses en Nápoles y Sicilia contra el duque de Anjou no podían ser del gusto de los franceses. Es verdad que por desgracia había hartas divisiones y rencillas en nuestro país; pero ¿era acaso el único para que merezca esas inculpaciones? Acusa á los príncipes de la Península de que solo pensaban en expediciones remotas, donde se imaginaban correr ríos de plata y oro; pero el mismo P. Mariana, en el capítulo anterior al que despues cita Henrion, hablando de las expediciones y conquistas de los portugueses en Africa dice que «el primero que acometió esto fué el infante don Enrique, tío del rey de Portugal, por el conocimiento que tenía de las estrellas y por arder en deseo de ensanchar la Religión cristiana; celo por el cual merece inmortales alabanzas.» Por lo que hace á la guerra contra el turco oigamos la respuesta que el rey de Aragon (segun el mismo P. Mariana, en el capítulo 16 del libro 22) dió á la sentida arenga que sobre el particular le dirigió en Gaeta el cardenal de Fermo, Domingo Capránico, enviado por S. S. para asentar la paz en Italia: «el rey respondió que ni él fué causa de la guerra pasada, ni pondría impedimento para que no se hiciese la paz; que su costumbre era buscar en la guerra la paz, y no al contrario. «No quiero, dice, faltar al comun consentimiento de Italia. El agravio que se me hizo en tomar asiento sin darne parte, cualquiera que él sea, de buena gana le perdono por respeto al bien comun. La autoridad del Padre Santo, la voluntad de los pueblos y de los príncipes me estimó en lo que es razón, y no rehusó de ir á esta jornada (la guerra contra el turco), sea por capitán, sea por soldado.» Y con efecto, hizo las paces el rey de Aragon «para el reposo comun de Italia, en especial para reprimir los intentos de los turcos que amenazaban de hacer grave guerra á los cristianos.» V. Mariana, lib. 22, c. 14 y 16. (N. del E.)

(1) Marian. l. 22, c. 15.

(2) Monstr. t. 3; Gaguin. l. 10; Bellefor. l. 6, c. 3.

glaterra, el arzobispo de Ravena, de la ilustre casa de los Ursinos. Carlos VII respondió al cardenal, que sentía en estremo los males que afligian á la Iglesia, y que estaba pronto á hacer una paz sólida con un príncipe cristiano, para convertir sus armas contra los enemigos de la Religión. Muy contrarias disposiciones manifestó el rey de Inglaterra, pues á cuanto le dijo el elocuente legado acerca de la superioridad de las armas francesas en Guiena y Normandia, y á la pintura horrorosa que le hizo de la ruina que amenazaba á su trono con motivo de las disensiones y de las guerras civiles, agitado Enrique de un espíritu de vértigo, y abandonado en cierto modo á su mala suerte, respondió siempre con un orgullo insensato, que cuando hubiese reconquistado todo lo que le habían quitado los franceses, podría entrar en negociacion; pero que antes no había que pensar en ello.

El cardenal de Estouteville, hombre laborioso, intrépido y muy amante del buen orden, se ocupó, con el beneplácito del rey, en reformar los abusos que había en la universidad de Paris, para desquitarse en algun modo de no haber podido desterrar la discordia del seno de las naciones. Mandó que le presentasen los estatutos primitivos con los puntos de reforma establecidos ya en diferentes ocasiones; derogó lo que á causa de la variedad de los tiempos y costumbres era ya defectuoso, confirmó lo demas, añadió algunos reglamentos, y fulminó excomunion contra todos los que violasen aquel nuevo cuerpo de leyes. Son dignas de notarse las disposiciones de que en lo sucesivo no podrian los doctores en teología obligar á los bachilleres á que les diesen banquetes suntuosos; que la esplicacion de las sentencias no se haria de memoria y sin cuadernos, con una vana ostentacion; que los profesores de derecho no recibirían mas que doce escudos por el grado

B. del C., tomo XIX.—VI.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo IV.

de licenciado, y siete por el de bachiller; que en la facultad de medicina no serviría de impedimento el matrimonio para regentar cátedras; que en la de artes no podrian los estudiantes mudar de maestro, cuando no tuviesen para ello otra causa que el temor de un castigo merecido; y que se huiría, como de prácticas detestables, de todo convenio para votar por interés pecuniario en las elecciones de rector. En general, y para todas las facultades, se mandó todo cuanto podía contribuir á conservar la pureza de las costumbres, sin olvidarse de la observancia de los exámenes y del tiempo que debía emplearse en el estudio, de la asistencia á las lecciones y de la quietud, decencia y modestia con que se debía estar en las aulas. Pero se advierte un vicio ó una omision, comun á estos estatutos y á todos los precedentes, á saber, que no hay en ellos ningun freno contra la insolencia de los estudiantes fuera de las escuelas, ni contra el uso turbulento é imperioso que los maestros hacian de sus privilegios. Todavía despues de esta reforma, se vió que la república de los colegios chocó varias veces con el pueblo, con la policía, con la magistratura y aun con la gerarquía. Se interrumpieron las lecciones y los sermones, y se pretendió usurpar los derechos de la potestad política, hasta que usando esta de sus fueros con un rigor que suelen los descontentos tachar de injusticia, hizo que la universidad perdiese sus mejores y mas apreciables privilegios á fuerza de querer extenderlos.

En cuanto al proyecto de que trataba el Sumo Pontífice á favor de la Religión, no tiene duda que debía promoverle como alma de él y principal agente el Gefe del imperio cristiano. Pero el emperador Federico III, príncipe de genio sosegado y tranquilo, de una esterioridad augusta; amante de la paz, apreciado sincero de la virtud y celoso en



algunas ocasiones, no tenia el nervio ni la consistencia necesaria para el papel que debia desempeñar en las circunstancias en que se hallaba la cristiandad. Segun el testimonio de Eneas Silvio (1), que habia sido su secretario y confiesa las buenas cualidades que tenia, sus costumbres suaves y pacificas le inspiraban una especie de horror aun á las guerras indispensables; preferia su reposo á la gloria; sus diversiones estaban reducidas á edificios y jardines; era para él una ocupacion seria hacer colecciones de curiosidades naturales, de obras primorosas de las artes, ó de cosas apreciables por su materia. Parece tambien que su memoria, de la cual se dice que fué prodigiosa, adquirió su estension, segun la creencia ordinaria, á espensas de las demas facultades del alma. San Antonino de Florencia, que le recibió en su ciudad episcopal y pudo observarle en las varias conversaciones que tuvieron, dice que no advirtió en él señal ninguna de talento superior y elevado, que todo lo que hacia y pensaba era por imitacion, y que le gustaba mucho mas recibir que dar (2). Acerca de lo que le agradaban los regalos, se refiere un hecho bastante particular sucedido en Venecia. Habiéndole presentado los venecianos un magnifico aparador de cristal, Federico que era mucho menos inclinado á lo brillante que á lo sólido, hizo seña á un loco que habia llevado en su compañía para que derribase la mesa en que estaba el escaparate. Luego que el emperador le vió enteramente roto, se echó á reir, y dijo en alta voz: «Si hubiera sido de oro ó de plata no se habria hecho pedazos.»

Pasando por Bolonia para ir á Roma á recibir la corona imperial, Francisco Sforzia, que habia sido elevado al ducado de Milan

(1) *De Europ. c. 22.*

(2) *Tít. 22, c. 12.*

contra la voluntad de este príncipe, le envió una embajada con el objeto de ofrecerle sus respetos y de pedirle que fuese á Milan á recibir la corona de hierro; y no solamente se negó á ello, sino que despidió con desabrimiento á los embajadores; pero el duque, que tenia interés en evitar la enemistad del emperador y las consecuencias que de ella podian originarse, le volvió á enviar su hijo Galeazzo con muchos y preciosos regalos. Cojido por su flaco Federico, creó caballero á Galeazzo y concedió su amistad á Francisco (1).

Un emperador dominado de semejantes pasiones, y que muchas veces no tenia otra regla de su conducta que su propia flaqueza, no era muy á propósito para reducir á los príncipes cristianos á consagrarse á la causa comun y hacer sacrificios penosos por la Religion. Asi es que su viaje á Roma (1452) y su presentacion en las varias cortes de Italia se redujeron á una de aquellas ceremonias de ostentacion y aparato en que solia hacer un papel brillante. Desde Florencia, á donde habian ido á cumplimentarle de parte del Papa dos cardenales, pasó á Sena á recibir á la emperatriz Leonor, princesa de Portugal, con la cual se habia casado en este reino por medio de sus embajadores. Al acercarse á Roma salieron á recibirle trece cardenales, con todo el clero y los magistrados de la ciudad, y le llevaron debajo de un palio magnifico hasta las gradas de la iglesia de San Pedro, donde el Papa, revestido de pontifical, estaba sentado en un trono de marfil. Llevaban la espada desenvainada delante del príncipe, el cual besó los pies al Pontífice y le presentó el pomo de oro, segun costumbre. El día 15 de este año 1452, le dió el Sumo Pontífice, usando de su pleno poder y autoridad, segun la súplica que le habia hecho el empe-

(1) *Naucler. Gener. 49, p. 474.*

rador, la corona de hierro ó del reino de Lombardia, pero confirmando al mismo tiempo los derechos de Milan, donde debia recibirla. Mientras se celebraba la misa, se ratificó el matrimonio contraído por medio de procurador entre Federico y Leonor. El domingo siguiente, 19 del mismo mes, despues de haber hecho Federico los juramentos acostumbrados, fué revestido de un alba é instituido canónigo de San Pedro, consagrado y coronado como emperador de romanos, con la corona de oro. Tenia el manto, la espada, el cetro, el pomo y la corona de Carlo-Magno, que se habian llevado á este efecto desde el centro de Alemania. El Papa coronó tambien á la emperatriz. El emperador sirvió luego de caballero al Sumo Pontífice desde San Pedro hasta Santa Maria, al otro lado del puente, y por último, fué conducido al palacio de Letran, en donde le dió el Papa un espléndido banquete. Despues de haber ido el emperador á recibir tambien honores y regalos á algunas córtes de Italia, volvió á tomar el camino de Alemania, dejando á los italianos tan concentrados en su interés particular y tan divididos entre sí, como lo estaban antes de esta vana inspeccion.

Aunque Alfonso, rey de Aragon y de Nápoles, disimulaba con respecto al nuevo duque de Milan, estaba en guerra abierta con los genoveses. Estos, como la mayor parte de los republicanos, no veian otro bien público que el de su pequeño Estado, y como republicanos comerciantes, no tenian mas nobleza de alma que la que manifestaron poco despues, pagando tributo á Mahomet II para conservar su comercio. Los venecianos trataron tambien con este sultan, á fin de recobrar lo que habian perdido; pero con la condicion de que si se unian los cristianos para declararle guerra, tendrian la libertad de tomar el partido de estos príncipes en defensa de la fé: tratado

estravagante que no dejó de aceptar el mahometano, manifestando con este solo rasgo toda su destreza y sagacidad.

Las demas buenas ciudades de Italia, que tenian cada una su república ó su príncipe particular, no tomaron mayor parte en el interés general, sucediendo lo mismo con mucha mas razon en los reinos del Norte, Escocia, Dinamarca, Suecia y Noruega, harto distantes del peligro para que tuviesen mucho por qué temerle. El Papa y el emperador que debian ponerlo todo en movimiento, y á los cuales se respetaba en la apariencia, eran en el fondo unos gefes sin autoridad, que solo tenian de grande el nombre de tales. Asi, pues, tanto por el estado de las cosas y la disposicion de los ánimos, como por la politica de Mahomet II, se vió sitiado por todas partes el imperio de Constantinopla, separado de todos los pueblos que le eran necesarios, y reducido á sus propias fuerzas, ó por mejor decir, á su propia flaqueza y á la triste perspectiva de una ruina inevitable.

Entretanto, el Padre comun de todos los cristianos, sean dóciles ó discolos, advirtió á los griegos que no alejasen con su obstinacion los auxilios que únicamente podian esperar del cielo; y los exhortó al arrepentimiento y á recibir los decretos de Florencia, amenazándoles con que si no se convertian antes de tres años, serian tratados como la higuera del Evangelio, cortada hasta la raiz á causa de su esterilidad, con cuyo motivo el célebre Jorge Scolario, que fué poco despues patriarca de Constantinopla con el nombre de Genadio, se espresa así (1): ¡Oh maldicion terrible y no menos exacta que eficaz! Fué proferida en el año de 1451, y en el de 1453 la infiel Constantinopla, cada vez mas obstinada en el cisma durante estos tres años de prueba, vino

(1) *Gennad. in defens. l. 5, c. 14.*



á ser el oprobio del universo y cayó en poder de sus enemigos. Lo mas maravilloso en este terrible prodigio (continúa el mismo autor) es que la nacion de los griegos, segun los términos del Papa Nicolao, aquella ilustre y formidable nacion, de un valor á toda prueba, de una sabiduría incomparable, y señora del mundo por espacio de tantos años, no está ya conocida y ha caido desde la cumbre de la grandeza bajo el yugo de unos bárbaros infames, despues que la ha castigado la mano de Dios.»

Por mas inmediata que parecia estar, y lo estaba en efecto, esta revolucion cuando el Papa dió á los griegos unos consejos tan saludables, lejos de conocer y desterrar sus errores aquellos cismáticos, escribieron en el mismo año de 1451, á nombre de su iglesia, á la cual llaman madre y maestra de todos los ortodoxos, para felicitar en términos espesos á los hereges de Bohemia porque se habian desprendido de las novedades romanas y permanecian firmes en la fé verdadera. Al mismo tiempo los convidaban á reunirse con la iglesia oriental, no segun la perversa union de Florencia (decian) en que se ha hecho traicion á la verdad, sino segun los decretos inmutables de los Padres, á quienes siguen inviolablemente los griegos. Esta carta se halla en griego y en latin en la biblioteca del colegio de Praga, en la coleccion histórica de los sucesos de Bohemia. Parece que el emperador Constantino Paleólogo no tuvo parte en esta invitacion escandalosa. Al contrario, respondió á las advertencias del Sumo Pontífice, diciendo que gemia al ver la ceguedad de sus vasallos, y que segun el estado en que habia hallado el imperio al subir al trono, no le habia sido todavia posible sujetarle á las decisiones de Florencia; pero que estaba resuelto á hacerlo con la mayor brevedad, y aun á restablecer al patriarca Gregorio. Era este patriarca el antiguo

confesor del emperador difunto, al cual redujo, durante el concilio de Florencia, con no menor sabiduría que celo, á la completa y sincera aceptacion de todos los decretos católicos. Elevado á la silla patriarcal luego que se restituyó á Grecia, y no habiendo podido vencer la obstinacion de sus compatriotas, se habia retirado á Roma, donde murió poco despues de la mencion honorífica que de él hace aqui Constantino.

Habia escrito al Papa este principe por medio de embajadores, encargados de solicitar vivamente los socorros de que tanto necesitaba contra el formidable Mahomet, cuyo furor temia con mucha razon. Sin embargo, luego que se vió el sultan en el trono, renovó con él un tratado de paz, segun las máximas de su pérvida política, protestándole continuamente que le observaria con la mayor puntualidad, y que á lo menos no emprenderia nada contra el imperio de Constantinopla mientras viviese Constantino. Pero el emperador conocia la índole del sultan, el cual no trataba mas que de traerle entretenido y de diferir la guerra hasta que hubiese hecho los preparativos necesarios para ella. A fin de persuadir mejor al Papa, le pidieron los embajadores griegos que enviase á Constantinopla un hombre sábio, que de acuerdo con el emperador, pudiese verificar la conversion de los cismáticos. Deseando Nicolao no omitir diligencia alguna, envió al arzobispo de Kiovia, aquel griego tan ilustre por la sinceridad de su fé, á quien Eugenio IV habia creado cardenal en el concilio de Florencia con Besarion de Nicea. Parece que su legacion fué bastante feliz á los principios, supuesto que el emperador le trató con mucho honor, recibió el decreto de union, y consiguió que le admitiesen igualmente muchos cortesanos y varios eclesiásticos. Pero se vió muy en breve que la obstinacion y la desgracia de

aquellas gentes no tenian ya ningun remedio.

Entretanto Nicolao V ejerció su solicitud pontificia de un modo mas satisfactorio para su corazon. Siendo este Papa canónigo regular del monasterio de San Jorge, en la isla de Alga, inmediata á Venecia, habia tenido una amistad muy íntima con su compañero Lorenzo, de la ilustre casa de los Justinianos. Informado Eugenio IV de sus virtudes y de su capacidad, le habia promovido al obispado de Venecia. Creyó el Pontífice Nicolao V que debia honrar mas un mérito que tomaba incremento con las distinciones; y estando vacante por muerte de Domingo Micaeli el patriarcado de Grado, al cual se habia reunido pocos meses antes el de Aquilea, trasladó el Sumo Pontífice este título á la iglesia de Venecia, solo por consideracion á Lorenzo Justiniano, el cual fué así el primer patriarca de aquella ciudad (1452) (1).

No mostró Lorenzo mas apego á esta nueva dignidad que á la de obispo, que habia aceptado despues de una larga resistencia y por pura sumision á las órdenes espesas del Vicario de Jesucristo. Como el Papa habia hecho esta innovacion sin consultar al senado, el cual temia que la nueva autoridad y el poder que se daba á su obispo resucitase las antiguas contiendas que habia tenido con los prelados anteriores, se presentó Justiniano á los senadores, y les dijo: Que habiendo sido encumbrado contra su voluntad á la dignidad episcopal, y deseando mas bien disminuir que acrecentar una carga tan pesada, rogáales que condescudiesen con sus deseos, á no ser que su celo por el esplendor de la patria, que era el único interés que tenia él mismo, los obligase á tomar otra resolucion (2). Movieron de tal suerte al Senado estos sen-

timientos de humildad y patriotismo, que aunque anteriormente se habia opuesto á esta novedad intentada por el Papa Eugenio, que era tambien natural de Venecia, pensó al instante de muy distinto modo; é hizo las mayores instancias á Justiniano para que aceptase el título de patriarca. Desempeñó su nueva dignidad con tal acierto, por espacio de cinco años, esto es, hasta el momento de su muerte, que le miraban todos como un ángel bajado del cielo para edificacion y consuelo de su pueblo. Reputábase dichoso cualquiera que recibia su bendicion; y bien recompensado el Estado de Venecia por la deferencia que habia tenido con su santo patriarca, juzgó que las oraciones de este habian libertado á la república de la ruina que la amenazó en la guerra obstinada y sangrienta que se vió precisada á sostener contra Felipe, duque de Milan.

Distribuia con tanta liberalidad á los pobres todo lo que tenia y lo que le daban para satisfacer su piadosa inclinacion, que aunque era el conducto de las inmensas limosnas que le entregaban personas de todas clases, aun aquellas que parecian menos compasivas, apenas se encontraron en su palacio despues de su muerte algunos muebles de primera necesidad, pero de poquísimo valor. Lo mas admirable es, que habiéndose ocupado toda su vida en leer ó en escribir, no tuvo nunca libro alguno como propio. Causó su muerte un sentimiento general, y la posesion de su cuerpo suscitó grandes disputas entre los canónigos de la iglesia patriarcal y los religiosos de San Jorge, sus antiguos hermanos; apoyándose estos en su última voluntad, y aquellos en la exacta observancia de los cánones, que fijan la sepultura de los obispos en su catedral. La causa de los canónigos era la de toda la república, y se decidió á favor de ellos; pero trascurrieron antes sesenta y siete

(1) *Vit. por Bern. Justin. Ap. Sur. 2 Jan.*

(2) *Epitom. de Patr. Grad. P. 2, ad verb. Grad.*